

hablando con ellos, admira ver cuán mínima es su parte de originalidad en el conjunto de la nación que, después de haberles formado, moldeado y penetrado de su espíritu, trata, no obstante, de rechazarlos, de desembarazarse de ellos. ¿Cómo no habrían de transformarse en puros Americanos los hijos de los esclavos, puesto que les habían despojado del habla materna, de su nombre y de todo recuerdo del país de origen? ¿Á qué hombres podría aplicárseles mejor que á los de esta nación sin memoria de la patria, el término de «desarraigados»?

Pero, dígame lo que se quiera, la población de los Estados Unidos, roja, blanca y negra, se prepara á la evolución aborrecida de la «miscegenación». Por abajo principalmente se hará la unión de las razas. Muy diseminados sin duda, entre los hijos de los abolicionistas hay hombres de corazón que, sabiendo elevarse sobre las preocupaciones del color y de la casta, no temen fundar una familia cuyos hijos mezclarán quizá una sombra ennegrecida al carmín de sus mejillas; pero en las grandes ciudades donde las multitudes se estrechan cada vez más, las mujeres extranjeras, Irlandesas, Alemanas y Eslavas no se dejan dominar siempre por irracionales repugnancias, y más de una entre ellas acepta ser la compañera del negro de quien admira su buen aspecto, su fuerza y su bondad. Por último, hasta entre los Americanos nativos, la miseria suele asociar á los desgraciados de ambas razas. En el gran ejército de las reivindicaciones, blancos y negros marchan juntos, la participación en el extremo sufrimiento «hace desaparecer hasta las distinciones de color»¹. No en vano ya, hasta en los Estados del Sud, escritores valerosos como Georges W. Cable han reclamado para los negros todos los «privilegios», es decir, todos los derechos, incluso el del matrimonio con los blancos². Además, ese cruzamiento de las razas es la condición exigida para que los emprendedores Yanquis puedan obtener de hecho en toda la América, de poblaciones tan profundamente mezcladas, la preponderancia moral que creen corresponderles.

Entre tanto, disponen de una superioridad material absolutamente incontestable. Ante todo, en el interior, por el predominio

¹ *Old creole days.*

² Hamlin Garland, *A Member of the third House.*

del número, que cada año se hace más abrumador, gracias á un doble fenómeno: de un lado la inmigración continua, y del otro el exceso de los nacimientos sobre las defunciones en todas partes, excepto en las familias americanas de la Nueva Inglaterra. Á decir verdad, las estadísticas «vitales» de los Estados Unidos son muy incompletas, pero los censos decenales no permiten dudar del aumento normal de los Americanos: de 1890 á 1900 la población blanca aumentó en 11.800,000 unidades, mientras no hubo más que 3.700,000 inmigrados durante el mismo tiempo, ó sea un tercio tan sólo del aumento total. Evidentemente esos recién llegados no se hacen Americanos sólo por su desembarco; la estadística de la inmigración, llevada con gran cuidado, evidencia que los diversos países de Europa tienden á reconstituirse al otro lado del Atlántico. Año tras año, los Croatas, Rutenos, Eslovacos y Magyares se dirigen en mayoría hacia la Pensylvania, los Tcheques al Illinois, los Rumanos al Ohío, los Escandinavos al Minnesota, los Portugueses al Massachusetts, en tanto que los Italianos del Sud y los Judíos se establecen en New-York. Á pesar de los esfuerzos constantes de los gobernantes americanos, se forman «colonias», que, al tipo del aumento actual, pueden en determinadas circunstancias constituir un peligro para la Gran República. Sin embargo, la mezcla continua de las poblaciones, la educación de los niños en una lengua única y sobre todo la acción persistente de un mismo medio geográfico hacen de la nueva Europa una agrupación humana menos heterogénea que la del Mundo Antiguo.

Los Americanos del Norte gozan al exterior de un prestigio inmenso; no necesitan para conservarlo tener en pie de guerra formidables ejércitos permanentes compuestos de muchos miles de hombres con todos sus accesorios guerreros; no obstante, también se entregan á las fantasías, á la vanagloria y á los gastos sin razón de la «paz armada»; también quieren tener una flota que les permita izar con orgullo su bandera en todos los mares del mundo. Pero á su ejército, á su flota, pueden, á la primera alarma, añadir fuerzas avasalladoras para lanzarlas contra todo presunto enemigo, Alemán, Inglés ó Ruso; á este respecto no deben abrigar temor alguno; al contrario, ellos son los temidos, los considerados, y los que en

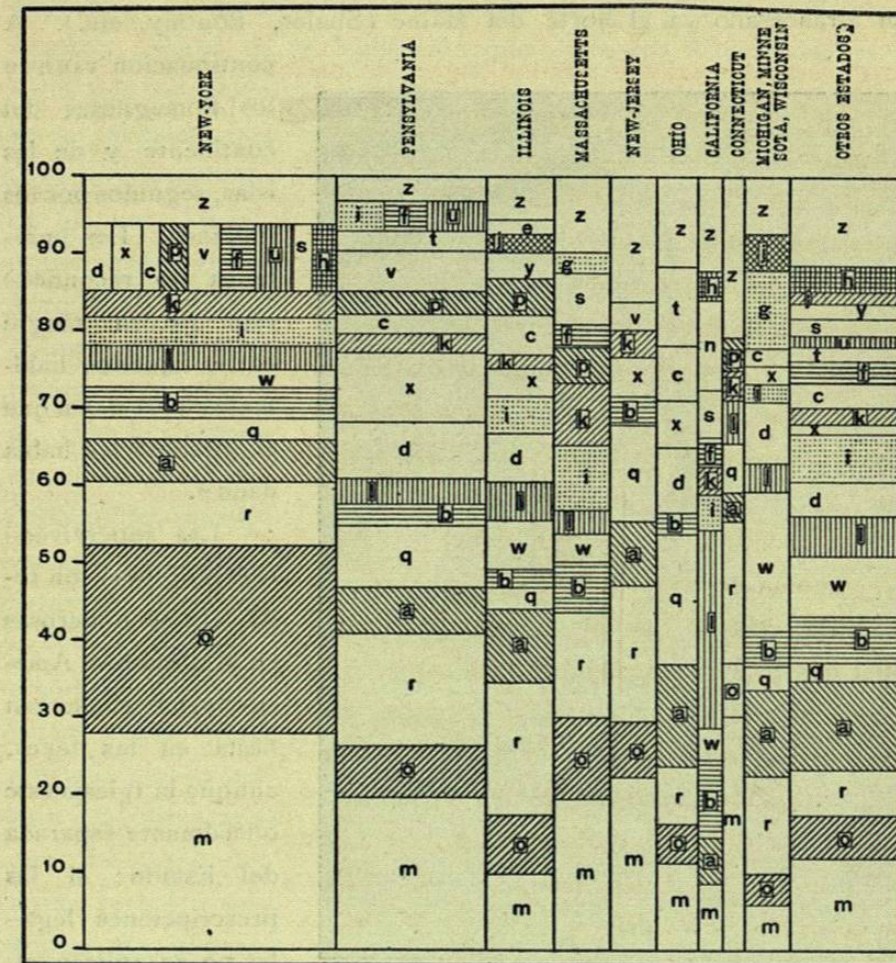
varias ocasiones han usado y abusado de su poder para inclinar en su provecho los acontecimientos contemporáneos. El ahorro anual de su agricultura, de su industria y de su comercio, reserva en que se acumulan incesantemente los miles de millones, es superior al de todos los demás países del mundo; por su producción agrícola y sus minas están en primer término entre las naciones de la Tierra, y hasta por ciertos grandes elementos de la riqueza pública, tal como el desarrollo de las vías férreas, están cerca de igualarse por sí solos á todos los Estados reunidos del mundo entero. Esta primacía material en tantas ramas diversas ha favorecido á la enfermedad particular de los Americanos, que se ha calificado de «Kilometritis»¹: en todo lo que puede medirse, se jactan de haber alcanzado el «record». ¡Sus trenes y sus barcos, sus caballos y sus perros de caza son los mas rápidos, sus casas son las más altas y sus diarios emplean la mayor masa de papel! Es muy natural que un pueblo que ha crecido tan rápidamente tenga todavía candideces infantiles.

En cuanto á la cuestión delicada de la supremacía intelectual, que también se ha suscitado muchas veces, sería tanto más ocioso discutirla, cuanto que el mundo del pensamiento es precisamente aquel que más se desprende de los lazos de la nacionalidad. Cuando se pertenece mentalmente al número de aquellos cuyas adquisiciones constituyen el patrimonio de la humanidad, poco importa conocer la genealogía especial de tal ó cual continuador de Platon ó de Lao-tse, de Newton ó de Laplace, de Lamarck ó de Darwin. El hecho es que los Americanos, hijos y hermanos de los Europeos, se han asociado á la obra común; pero habiendo tenido que ocuparse del arreglo de la nueva tierra que habían colonizado, han debido interesarse mucho más por las aplicaciones que por las investigaciones del pensamiento puro. Así también debe haber allí un gran contraste á este respecto entre la región de la Nueva Inglaterra, que se parece á la antigua por la densidad de la población, la utilización del suelo y el establecimiento de una sociedad bien sentada, y los Estados occidentales, aún en vía de formación, en pleno trabajo de conquista sobre la naturaleza primitiva. Los estu-

¹ Bryce, *American Commonwealth*.

dios se hacen en los territorios donde el trabajo anterior ha creado el tiempo libre necesario; allá también nacen las bellas manifesta-

N.º 542. Distribución de los inmigrantes en los Estados Unidos.



Este cuadro distribuye los 1.260,000 inmigrantes llegados á los Estados Unidos propiamente dichos (con exclusión de Puerto Rico, Alaska, Hawaii y Filipinas), desde 1.º de Julio de 1906 á 30 de Junio de 1907.

a, Alemanes; b, Ingleses; c, Búlgaros, Servios y Montenegrinos; d, Croatas y Eslovenos; e, Dálmatas y Bosniacos; f, Escoceses; g, Finlandeses; h, Franceses; i, Griegos; j, Holandeses y Flamencos; k, Irlandeses; l, Italianos del Norte; m, Italianos del Sud; n, Japoneses; o, Judíos; p, Lituanos; q, Magyares; r, Polacos; s, Portugueses y Españoles; t, Rumanos; u, Rusos; v, Rutenos; w, Escandinavos; x, Eslovacos; y, Tcheques; z, otros pueblos.

De abajo á arriba las razas están en un orden constante, el de su importancia en la inmigración total: m, o, r, a, q, b, w, l, d, i, x, k, c, p, v, f, t, u, s, g, y, j, n, h, e.

ciones del arte y además se intentan nuevos experimentos sociales. Pero al mismo tiempo surge el temor de que la raza dé indicios de

agotamiento; en ninguna parte hay más solteras que renuncien al matrimonio ni más mujeres que eviten la maternidad. La población se renueva felizmente por inmigraciones continuas: tras los Ingleses han venido los Irlandeses, después los Canadienses franceses que han afrancesado ya el norte del Maine (Shaler, Boutmy, etc.). Á



HÚNGARA RECIÉN LLEGADA Á LOS ESTADOS UNIDOS

continuación vienen los Portugueses del continente y de las islas, seguidos por los Italianos. Los puritanos no reconocerían ya su sangre entre aquellos habitantes de la tierra que el «Eterno les había dado».

Las supervivencias religiosas son todavía muy poderosas en la república Americana, y se conservan hasta en las leyes, aunque la Iglesia esté oficialmente separada del Estado; si las prescripciones legales no se aplican ya, al menos atestiguan el arraigo que antes

tenían las antiguas creencias. El no-cristiano es todavía un réprobo para el Código, y contra él se señalan las penas más severas. En el Estado del Maine, el hombre «que blasfema el nombre de Dios, por negación, maldición, desprecio, irrisión ú ofensa cualquiera, el que niega la creación, la Providencia, el juicio final, Jesucristo, el Espíritu Santo ó las Santas Escrituras» será castigado con prisión que no exceda de dos años ó una multa que no pase de 200 dollars.

Penas análogas se señalan en los Códigos de los Estados de Nueva Inglaterra, y hasta en los Estados del Sud, como Arkansas, Georgia y Mississipi, los ateos son excluidos oficialmente de todos los empleos y del derecho de ser testigos en juicio. Con ayuda de la herencia, resulta de la legislación que entre los Americanos es de regla una profesión de fe cristiana, por vaga ó contradictoria que sea. La iniciativa que el ciudadano suele aportar ordinariamente á su trabajo y su género de vida le permite cambiar de secta, inscribiéndose sucesivamente en veinte iglesias diferentes, pero no se comprendería que no se uniera á una iglesia cristiana de una manera cualquiera, aunque sea bajo una forma verbal ó simbólica. En una familia de muchos hijos suelen contarse tantas religiones como



LAPONA DE RUSIA RECIÉN LLEGADA Á LOS ESTADOS UNIDOS

individuos. En el fondo, esa amplia tolerancia se explica por una indiferencia positiva, y lo que el dogma tenía antes de preciso y de intransigente desaparece bajo una fraseología sin fuerza. Así se ha podido celebrar en Chicago, en 1893, una fiesta en un «Parlamento de las Religiones» donde los hijos de los que se entre-maldecían se han bendecido mutuamente con unción fervorosa. Los verdaderos cristianos, muy escasos, se apartaban con escándalo, despreciando

esa religiosidad sentimental de supuestos creyentes, animados, no de la «fe que devora», sino del deseo, más bien negativo, de exponer frases dulces y sin sentido agradables al oído de los indiferentes.

Hace doscientos años, los católicos romanos que se hubiesen aventurado en la Nueva Inglaterra hubiesen sido cruelmente perseguidos; pero la inmigración de los Irlandeses, de los Escoceses del Norte, de los Rhenanos, de los Italianos y de otros latinizados ha cambiado el equilibrio religioso en los Estados Unidos, y aunque una parte de esos inmigrantes se haya pasado al protestantismo, la cohesión del catolicismo con relación á las sectas protestantes ha acabado, no obstante, por dar el primer rango numérico á la forma romana del cristianismo; pero en esta materia como en todas las demás, la manía de exageración, que es el gran defecto nacional, vicia todos los documentos y no se pueden aceptar como verdaderas las estadísticas más ó menos oficiales. ¿No se ha llegado, para «hacer grande», hasta reivindicar como formando parte del mundo católico americano la población de las islas Filipinas? Se ha llegado á evaluar en 35 millones de individuos, número á lo menos doble de la realidad, al conjunto del rebaño de los Estados Unidos perteneciente á la iglesia de Roma. Además ha debido hacerse sin remedio una evolución en las comunidades más conservadoras de América: el medio más libre y más audaz de la sociedad americana ha hecho sentir su influencia sobre las agrupaciones religiosas más cerradas, que hacen vanos esfuerzos para obedecer á la tradición. Bajo muchos aspectos los católicos de los Estados Unidos pueden ser considerados como formando una secta protestante; el espíritu de independencia que se tolera en ellos para evitar un cisma sería tenido en Europa por un estado de alma en extremo peligroso, expresión de ideas revolucionarias. Así se ha visto nacer en América, á la excitación de Hecker, ardiente socialista, la orden de los «Paulistas», misioneros exaltados en cuya vida «la individualidad es el elemento integral y dominante». Contando con «la acción del Espíritu Santo en cada alma humana», predicando como apóstoles, á su manera, con toda libertad y sabiendo acomodarse á la perfecta libertad ajena. No se reconocen las tradiciones de la Iglesia romana, tan perfectamente disciplinada, arraigada sobre la roca de

la tradición, en el lenguaje y los actos de esos mensajeros improvisados de la «buena nueva», aparte de que Roma vela con cuidadoso celo para que las manifestaciones del catolicismo americano sean desconocidas de la masa de los fieles del Mundo Antiguo. El culto católico, lo mismo que las mil formas del protestantismo, ha



Cl. J. Kuhn, París.

LAGO VOLCÁNICO EN LA ISLA DE GRANADA, PEQUEÑA ANTILLA

debido adaptarse á los nuevos ambientes donde se mezclan de diversos modos las tradiciones religiosas y las prácticas industriales del reclamo sobre el viejo fondo animista y mágico que se llama el «espiritismo».

Las islas de Cuba, de Puerto Rico, de Haití-Santo Domingo, de la Jamaica, la rastra de las pequeñas Antillas, el gran territorio triangular de la República mejicana forman la transición geográfica y política entre los Estados Unidos y la parte meridional del Nuevo Mundo; pero la aproximación se hace y continúa haciéndose,

únicamente desde el punto de vista material por las relaciones comerciales, la aplicación de los procedimientos industriales, la constitución de sociedades financieras, bajo la influencia evidente y exclusiva de los Americanos yanquis. Porque el contraste es todavía muy grande para las costumbres, el género de vida y el ideal. No faltan sin duda en Méjico ni en las repúblicas sud-americanas jóvenes educados en los Estados Unidos que se esfuerzan por copiar á sus educadores; sin embargo, esos individuos constituyen una excepción, y además se encuentran frente á adversarios que también han hecho sus estudios en las universidades del Norte y de allí precisamente han sacado fuerzas para conservar su originalidad latina contra la invasión amenazadora. En cuanto á la masa de las naciones ibero-americanas, permanece absolutamente refractaria al espíritu de los visitantes de lengua inglesa, y el sentimiento que se les manifiesta es el de la hostilidad. Admira ver cómo en el mismo territorio que los Estados Unidos se anexionaron en 1848, los habitantes de Nuevo Méjico, de origen español mestizo, han resistido al trabajo de asimilación, y, sin embargo, eran cincuenta mil apenas cuando la conquista: una gota de agua en el Océano.

El hecho esencial en la cultura mejicana, comparada con la de los Estados Unidos, es que el elemento étnico dominante es de origen autóctono. Los Yanquis son ante todo colonos europeos; los Mejicanos, tomados en masa, son más Indios modificados poco á poco por la levadura de la civilización europea aportada por los Españoles, transformados por el cruzamiento en una raza nueva. Algunos viajeros han podido engañarse en este asunto porque residían en la capital y en las ricas plantaciones donde dominaban blancos de raza más ó menos pura. Habiendo comprobado y consignado desde el principio que la primera iniciativa provenía de los Europeos y de su descendencia, y habiendo visto también después que muchas tribus indias se hallaban todavía apartadas en sus retiros de las montañas, deducían que la evolución de Méjico podía compararse de lejos á la de los Estados Unidos, lo que es un error, porque si la cultura europea, viniendo de arriba, se extiende cada vez más en la masa del pueblo, la mezcla ó la indianización, elevándose de abajo, gana incesantemente en el conjunto de la nación

mejicana. En la infinita complicación de las cosas, sucede que la lucha de dos elementos opuestos termina por la realización de un estado superior en que cada uno ha obtenido la victoria. Ciertamente los *Gachupinos* odiados, es decir, los Españoles, han hecho prevalecer sus tendencias republicanas, su modo de civilización, su ascendiente moral, en tanto que los Indios prevalecen en la estructura misma de la nación, constituyendo su carne y su sangre.



CIUDAD DE MÉJICO: EL PALACIO

Cl. J. Kuhn, París.

Sin embargo, ese trabajo está lejos todavía de haber alcanzado su término. En muchos puntos, y sobre todo en las grandes ciudades, un miserable residuo de proletarios mendigos y famélicos recuerda la antigua población de los esclavos; en otras partes los Indios se ocultan todavía en grutas, evitando en cuanto pueden todo contacto con los blancos, y hasta recientemente contra los Yanquis y los Seris, al Noroeste, y contra los Mayas, al Sudeste de la República, existe la guerra brutal, si no de exterminio, al menos de represión.

La entrada gradual de todos los Indios en el mundo de la civilización castellana se hace con bastante rapidez para que las anti-